

Francisco Segovia

Algunas líneas que son ondas sobre el agua

Luis Paniagua

Comienzo estas líneas como el niño que arroja guijarros a la quietud de un estanque o a la superficie satinada de una corriente fluvial: sabiendo que, así se lancen hacia arriba, hacia abajo, paralelos a la líquida película; así den saltos y trompicones o largas zancadas; así arrojen mucha agua en derredor suyo o caigan con elegancia: inevitablemente habrán de hundirse, borrarse, abismarse ante la claridad, la turbiedad, la fluidez, el movimiento incontinente y absorbente de la masa de agua.

Me acerco a *agua* para reconocerme, para reconocer en esta *agua* el agua que yo soy; para reflejarme, sí, pero no al modo de Narciso, sino como quien se acerca con el cuenco de la mano (no con el puño, como dirá el poeta) y bebe algunos sorbos del líquido y se reconforta; sin abrazar la imagen reflejada (no se abraza una corriente, ni un oleaje, ni siquiera una calmada superficie: todo eso se escapa. Lo único posible es beber un poco de esa masa que, de otra forma, nos ahogaría por su abundancia) sino queriendo alcanzar humildes sorbos para ofrecerlos a un compañero de viaje igualmente sediento. Estos párrafos que a continuación ofrezco son ese gesto.

EL OJO

Dice Plotino que el ojo no podría ver si no fuera, él mismo, un sol. Así de importante considero el orbe visual dentro del poema del que me ocupó. Por una parte, *agua* es un torrente (en ocasiones apacible, en otras desbocado), es agua de “todos-sitios” como dice el autor. Pero por otra, es agua (amén de reflejante) reflexiva. Allí está una de las claves para esta lectura. He aquí mi primer “sorbo”

de agua: “agua del ojo que se aviva en el ojo de agua...”.

Extendamos el ojo a la mirada. El agua de la mirada (de alguna manera ella misma es la mirada) se aviva, es decir, de algún modo se aguza, se excita; pero también crece, arde como el fuego y da luz. “son llamas / los ojos y son llamas lo que miran”, dice Octavio Paz. A su modo, Plotino lo dice también. Me parece que hay cercanía con Segovia en este primer verso (y en varios momentos dentro del poema). El agua del ojo se reconoce, se reencontra, en el ojo de agua; hay una línea de comunicación entre estas dos “clases” de agua. De cierto modo, el agua del estanque (el ojo de agua) alimenta al ojo, le da “algo tangible, algo sólido que ver”. Y luego ocurre la inversión de papeles: si bien arriba el agua es agua en pleno reconocimiento (esto es, agua concientizándose), luego tenemos que es “agua mediativa que refleja las cosas que está pensando / y agua que abre los ojos esos en que vemos el mundo reflejado / que es tan mundo como el mundo...”. Si bien a primera vista existe un contraste pues el agua es el símbolo del inconsciente y su signo es la pasividad (el mero reflejo), existe un quiebre debido a que el agua tiene la capacidad meditativa, contemplativa. Y vuelve al juego especular: el cobro de conciencia plena ocurre cuando el agua “abre los ojos” y resulta que son esos donde vemos el mundo. Reflejado, sí, pero que empieza a cobrar un sentido autónomo, a ser “tan mundo como el mundo”; comienza a adquirir independencia del mundo reflejado, es decir, de cierta forma nos entrega imágenes que están dejando de ser *emanaciones* de la realidad para convertirse en realidades por sí mismas.

Agua que abre los ojos, que se concientiza, dije; pero también agua que es esos ojos: soles, llamas, fuego. El agua abandona su estado pasivo e inconsciente (cercaño a la luna y al espejo) para erguirse ojo activo: inteligencia que civiliza, que educa: agua que “a veces nos revela simplemente lo que está ante nuestros ojos...”, es decir, que muestra; pero también se transforma en agua volitiva, “agua que te mira mirarte en el estanque y mira en tu mirada / cómo la dura geometría se hace blanda y flamea como el fuego...”, agua en la que ocurre una doble operación de la conciencia como un eco de espejos: es aquella que se mira en la acción de mirarse (pues, como dijimos arriba, al reconocerse el agua del ojo en el ojo de agua se hacen una sola): agua que empieza a entenderse, es decir, a entender: agua “luminosa / alumbrada desde dentro // [...] en que adoramos / una forma tangible de la luz”.

Así, el agua que es sentido, inteligencia volitiva y creadora (por la inversión de las cualidades), se refuerza y (paradoja) se desarma (volviéndose también ilusoria y destructora), se debilita a través de la figura de Narciso, el símbolo, más que del “narcisismo”, de la autocontemplación y el autoconocimiento:

agua en que Narciso descubrió el amor
—no a sí mismo— al signo que es él
[mismo
signo del mundo entero que sobre el
[agua
tiene cara de Narciso “cara de Juan cara
[de Pedro”
con los ojos azorados de quien ve por
[vez primera
que es parte del Ser y parte del Sentido

que es un cuerpo y un alma —esa
 [pareja
 que un día la muerte hará mermar
 [hasta lo mínimo
 para que quepan abrazados en su
 [tumba :
 cuerpo y alma reducidos
 a unos huesos y su nombre ...

Así, se regresa al orbe especular, invisible o ilusorio: “agua ilusoria que nos lleva / más y más adentro de la sed adentro del desierto...”, o que circunda pero que no notamos (;que no vemos?) porque entonces ella “cierra los ojos para mirar adentro y en silencio / como un cachalote que inicia su descenso a la noche abisal / agua que se hunde lentamente en el agua”, agua

donde vuela un cardumen de sardinas como una parvada de vencejos y flota enorme el zepelín de las ballenas agua de aire en donde abren paracaídas transparentes las medusas y agua que mira el pez sin darse cuenta como nosotros miramos siempre el aire [sin saberlo ...

Así, pues, en su calidad de ilusoria, el agua retorna un poco a la pasividad del reflejo y a otra de sus cualidades: la desintegración. Dice el poeta que no “hay indicios

ni vestigios que no sean ilusión / un reflejo nada más”, “agua reluciente del espejo” que se arrastra hasta otras imágenes más desoladas, y de alguna forma hasta la muerte: “agua azogue turbio donde nadie reconoce el propio rostro...” y

agua sucia que atraganta la garganta
 [de la cloaca
 agua ella misma atragantada y su
 [gruñido gutural
 antes de perderse en los caños y
 [empozarse y azolvarse ...

agua estanca agua negra encadenada a la mierda a la basura al desperdicio
 agua opaca ya sin chispa ya sin sol y
 [sin reflejo ...
 agua yerta agua muerta alma en pena

EL HILO

Otra imagen cara en el poema, a la cual me gustaría seguir para los fines de la presente lectura, es la imagen del hilo y la trama.

Simbólicamente, el hilo representa conexión y comunicación. Por su parte, hilar tiene una cercanía con el canto y ambas actividades reflejan la creación. No es, pues,

gratuito que una de las primeras imágenes que se presenta en el poema sea la de el hilo: el “agua del arroyo que *ensarta su hilo* en la pupila...”. Como dije, al ser el agua ojo que razona, se entrega a sí misma un mundo sobre el cual reflexionar: el hilo comunica, abre camino al pensamiento que el mundo detona. El agua son las hebras transparentes que comunican al ojo una realidad visible y tangible, sólida, con existencia.

De cierta forma pervive, aquí también, una ambivalencia: la del reflejo y lo ilusorio (que encarnan la pasividad y la desintegración) y la de la solidez de las cosas que *sí existen*. Lo vemos en los versos: “agua : aguja e hilo de coser las cosas / que pasan sobre el río [...] y los reflejos que no pasan / sobre el agua que pasa...”.

Tenemos pues que, gracias al hilo, se entabla esta comunicación entre una realidad, un mundo dado, y una inteligencia que medita sobre ella. Y esta comunicación también puede ir más allá: un hilo une, ata, liga. Y también, si se me permite, religa.

Como veíamos antes, ese objeto que liga, el hilo y su producción, el hilar, se relaciona con el canto en su sentido creador. A su modo, *agua* se puede entender así: es un rezo, un canto (una extensa letanía, pero a la vez también es el rosario con el



que se lleva la cuenta de la plegaria, esa *sarta de abalorios*) que versa sobre un agua omnipresente e insondable, polimórfica, inaprensible e inabarcable; es un caudal o un oleaje (como se quiera ver) del cual sólo vemos el transcurso, no el fin ni el origen. Por tal motivo no son un capricho los tres puntos suspensivos que están al inicio del poema, al término de cada estrofa y al final del último verso. De cierto modo nos están diciendo que el poema (como el agua)

agua del caos negra agua del abismo
 increada sin mito y sin origen
 agua primordial en donde flota el loto
 en que se sienta Ptah y dormita
 [Narayana
 agua de los dioses somnolientos de
 [antes
 de la palabra la vigilia y la conciencia
 agua a oscuras agua muda ciega y sorda
 que aún no escucha “la voz del Señor
 [sobre las aguas” ...



Francisco Segovia

no empieza, sino que continúa ahí, que viene de antes, de lejos, y esto que vemos (que leemos) es sólo transcurso porque no termina en el último verso, ya que los tres puntos suspensivos nos sugieren que va aun más allá de lo que alcanzamos a ver. Incluso los tres puntos al final de cada estrofa podrían sugerir intercambiabilidad de fragmentos sin alterar la masa de la totalidad (salvo excepciones, claro está).

Es, pues, caro el símbolo del hilo que nos religa con un cantar cosmogónico: un cantar donde el canto es el agua que se mece, se mueve, se acomoda más allá del orden cronológico, más allá de cualquier institución. Es un agua arcaica, vieja, “de antes de los dioses / del Olimpo y su fijez...”. Es un agua aún no nombrada, “agua anónima y salvaje de Enkidú que la bebía / metiendo en ella los pies como las bestias”; es, pues, un líquido antiquísimo:

agua en donde nace el cosmos
 agua de antes de la Creación y antes
 [del demiurgo

AGUA HUMANA

Otra de las aristas de abordaje que he decidido tomar en la lectura de *agua* es la del “humanismo” (usando el término de modo un poco heterodoxo). Es decir, la visión del agua que se humilla ante el hombre para servirlo, a la vez que rechaza la frialdad de la técnica y la ciencia por no ser, las suyas, medidas humanas. Hay, pues, “agua cruda en que se cuecen las verduras / que al cabo quedan crudas / agua que pone sal y sarro en los poros de las cosas”, “agua pesada grávida y grave agua de cintura / que aguarda guarecida en un guaje: agua guardada / para la jornada entre los surcos...” y “agua de manos atadas contra la llamarada o la humilde flama / agua humillada en los calderos y marmitas de los hombres / agua del caldo y la sopa agua del té del pocillo de peltre del café / agua obediente”.

Pero, como digo arriba, también es agua humana y por consiguiente *imperfecta* (¿impura?), en tanto que “no usa re-

gla ni renglón / y está siempre en pugna Euclides...” y en batalla contra la técnica y la ciencia pues estas son como “agua sin carne agua enjuta de la razón abstracta / (inodora insípida incolora) / que difracta el milagro entre sus prismas y lo astilla / lo quiebra lo hace añicos como vidrio”.

Por eso, ante esa “agua enjuta” y sus medidas abstractas y teóricas, la voz del poeta propone el “agua de este mundo”:

agua de este mundo cuya mínima
 [fracción
 no es la molécula ni el átomo: es la gota
 ésa que en la punta de un dedo de
 [Lázaro
 habría bastado para saciar la sed del
 [rico en los infiernos ...
 gota del agua que es también para los
 [hombres
 la medida mínima de luz—no el fotón
 [ni la onda:
 el rayo de luz que la gota atrapa en su
 [tensión superficial

En última instancia, y quizás el agua más humana de todas, es la de los ojos: unos ojos (que, como los del primer verso, algo “comunican”) que lo hacen emprender todo este largo periplo para llegar a un punto concreto: “agua del alba que ilumina el alma / como tus ojos esa tarde entre la sombra de cedros / casuarinas y cipreses— agua de tus ojos / en la cima de este bosque a donde vine / porque tú dijiste que aquí estarías”.

Se da aquí, pues, de esta forma, el encuentro con el sentido de la vida: el amor, la figura de la amada en que se reconoce (feliz anagnórisis, en el sentido más puro del término) y el poema (en una lectura posible) vuelve al inicio, al agua del ojo: “agua de tus ojos” en donde, igualmente, mira el mundo a través de esos “ojos de agua”... **U**

Francisco Segovia, *agua*, Martín Pescador, Santa Rosa, 2015, 40 pp.

Este torrencial poema tiene un tiraje muy limitado en esta primera edición, por lo que resulta casi imposible de conseguir. Como el fin de estas líneas es hacer una invitación a la lectura total del poema, recomiendo que el lector interesado se mantenga al pendiente de las novedades que Descarga Cultura UNAM (www.descargacultura.unam.mx) ofrece regularmente a su auditorio, ya que este 2015 el autor grabó íntegro *agua* para el sitio universitario.